

El oráculo gramatical de Agustín García Calvo

David TEIRA SERRANO*

1. Introducción

Agustín García Calvo es autor de una obra singular: para empezar, *tan sólo por atribuírsela a su persona*, muchos de sus lectores más fieles dirán que nos equivocamos en todo lo que a continuación diremos. Para ellos, como para el propio García Calvo, en los argumentos expuestos en sus *Lecturas presocráticas*, *Contra el tiempo*, o cualquier otra de las obras que aquí vamos a comentar, se expresa una *razón común* irreductible a la del individuo García Calvo o a la de cualquier otro que, llegado el caso, los defendiese. Se dirá entonces que, por pretender lo contrario, estamos presos de nuestro “pensamiento privado”, llenos de pedantería filosófica e ignorantes de las operaciones de tal *razón común* -aunque sujetos a ella¹. A éstos, nuestro ensayo quizá ni alcance a divertirles, pero tampoco pretende, desde luego, convencerles.

Nuestras razones para escribirlo son otras. Por una parte, se refieren al interés de la propia obra de García Calvo, y en particular sus ensayos gramaticales, pues es mucho lo que se puede aprender en ellos, aunque no siempre lo que su autor quisiera enseñarnos. En este sentido, se echa en falta una discusión más cuidadosa de su obra por parte de los lingüistas, aunque, obviando ahora otros motivos, es probable que la apariencia especulativa de muchos de sus argumentos gramaticales les retraiga. Quizá un análisis de estas especulaciones como el que aquí proponemos anime a otros a intentarlo.

Por otra parte, si bien García Calvo no es, ni quiere ser, un autor de mayorías, es muy notable la influencia de sus escritos e intervenciones, particularmente entre muchos jóvenes que se ven afectados (!cómo evitarlo!) por aquel embrujo al que se refería una vez Savater² hace ya un cuarto de siglo. Quizá éstos, en su indecisión, sí agradezcan una interpretación alternativa de lo que se obra en los argumentos de García Calvo. Y puede, por último, que otros muchos lectores de cualquier edad encuentren en estas páginas ideas que ya ellos mismos desarrollaron en sus propias lecturas, y acaso alguna nueva.

Lo que queremos mostrar en este ensayo es que la pretendida *razón común* ejercitada por García Calvo en sus escritos encubre una concepción metafísica muy particular del lenguaje, de la que dimanarían sus análisis gramaticales de la Realidad; una concepción que no se defiende sino que *se postula* oracularmente: *lo que hay es lenguaje*. A ello

* Texto inédito, 1998. Correo electrónico: dteira@fsof.uned.es

¹ En el espíritu del conocido fragmento de Heráclito: “Que para los que están despiertos hay un mundo u ordenación único y común, mientras que de los que están durmiendo cada uno se desvía a uno privado y propio suyo” (fragmento 89 de la edición Diels-Kranz, y quinto de la del propio García Calvo, *Razón Común. Lecturas Presocráticas II*, Lucina, Madrid, 1985)

² "Tras frecuentarle [a García Calvo] los filósofos modernos parecen histriones o alucinados; su prosa puede llegar a ser un veneno paralizador, pues cabe la tentación de suspender el propio pensamiento y esperar a que él piense nuestros temas o dé forma a nuestras angustias." (F. Savater, "El pensamiento negativo: del vacío a los mitos", artículo recogido por M.A. Quintanilla en la primera edición de su *Diccionario de Filosofía contemporánea*, Sígueme, Salamanca, 1979)

sumaremos una breve consideración de las limitaciones de esos análisis, más allá de que se conceda o no la tesis metafísica de partida. De lo primero nos ocupamos en las cuatro secciones siguientes (§§ 2-6), y de lo segundo en las dos restantes (§§ 7-8). Puesto que nuestra intención es más ilustrativa que concluyente –sería imposible agotar la obra de García Calvo en unas pocas páginas-, nos concentramos en la crítica del núcleo gramatical de sus análisis, i.e., la estructura de la frase, y nos referimos en cada sección a textos breves para facilitar su consulta. El argumento comienza aquí.

2. Planteamiento de la discusión: Realidad/lenguaje

Iniciamos nuestro análisis considerando, por ejemplo, uno de los capítulos de una de las últimas obras especulativas de García Calvo, el tratado *De Dios*³, a partir de lo que allí encontramos sobre la Realidad y el lenguaje.

La *Realidad* (por respetar las mayúsculas que el propio autor emplea) sería “el mundo de los significados”, el tesoro léxico de una lengua, o también *ideas* o *entes semánticos* aparentemente constituidos por “conjuntos de notas finitos y permanentes”. Pero la *Realidad* se vería afectada a cada acto de habla, en el que aparecerían nuevas notas que impedirían el “cierre” del vocabulario, y así también el de la *definición* de cada una de sus *palabras semánticas*. A la particularidad del vocabulario de cada lengua (a su Realidad) le correspondería en el *lenguaje* o *razón común* un “lugar vacío”, un “dispositivo en blanco”: es decir, no habría universales semánticos como sí los habría sintácticos, y por tanto no habría tampoco una *Realidad en sí* correlativa a la Realidad de cada lengua.

Por escaso que resulte, esto es todo lo que encontraremos en este séptimo capítulo sobre Realidad y lenguaje. A lo largo de la obra no hallaremos más que algunas indicaciones adicionales a este propósito, eso sí dispersas entre abundantísimas digresiones filológicas o gramaticales. No es obviamente su objeto, y es cierto que García Calvo sí apunta ocasionalmente algunos otros ensayos suyos donde se desarrolla este análisis.

Nuestra tesis aquí es que *aun con estos análisis la tesis que nos presenta en este capítulo resulta literalmente ininteligible* o, a lo más, un juego de evocaciones o sugerencias que serán interpretadas de modo más o menos aleatorio dependiendo de la formación del lector o de sus circunstancias anímicas. En el mejor de los casos, aquél en el que García Calvo sostiene su argumento, el lector lo entendería porque en él, en tanto que hablante, operaría también esa *razón común* que nos descubriría la mentira de la Realidad, i.e., la imperfecta definición de su vocabulario⁴.

Por tanto, de ser este el caso, nosotros estaríamos tergiversando aquí la propia argumentación de la obra al referirla a un autor (Agustín García Calvo, Catedrático Emérito de la Universidad Complutense, etc.), y a su vez estaríamos también

³ *De Dios*, Lucina, Zamora, 1996

⁴ “Pues yo, mientras no se me refiera a algún puesto, cargo, sector o fechas de la Realidad ni se me fije por lo menos en una etiqueta de Nombre Propio o Número de Identificación, mientras no sea más que el que esté hablando y diga acaso ‘Yo’, ‘me’, ‘voy’, ‘pienso’, no soy ciertamente nadie determinado, no soy una persona o cosa de la Realidad, y, por mucho que sea yo la Primera Persona Gramatical, en modo alguno se puede pretender que exista.” (*De Dios*, p.253)

imposibilitados para entenderla por hablar desde nuestra condición *personal*, sin aperebirnos de la falsedad de las ideas a las que apelamos, etc..

Mas no creemos que esto ocurra: entendemos más bien que esa contradicción Realidad/lenguaje que García Calvo denuncia no se demuestra, como él pretende, sino que *se postula*. Los argumentos que, en apariencia, la descubren, dependen de la aceptación previa de esa misma dicotomía, de la que García Calvo parte pretendiéndola evidente. Pero, a nuestro entender, no lo es en absoluto.

Demostrar esto nos obligaría, en principio, a emprender una interpretación de la extensa obra del autor, y en particular de sus ensayos gramaticales. Muchos entenderán, en efecto, que es imprescindible toda ella para dar cuenta de esta contradicción que aquí apuntamos: no podrían faltar ni sus *lecturas presocráticas*, ni sus disquisiciones *contra el tiempo*, ni sus opúsculos políticos, ni, por supuesto, sus volúmenes *Del lenguaje* y *De la construcción* -y habría quien extendiese esta relación a su obra poética, a su teatro, etc.-.

Pero entendemos, por contra, que *lo más valioso o mejor argumentado de sus ensayos se encuentra en torno a sus análisis de la estructura de la frase*: de ellos dimana el enunciado más preciso de esta contradicción lenguaje/Realidad; ellos sostienen también tanto su formulación de las paradojas de Zenón o Heráclito como sus otros estudios filosóficos; y a estos análisis se adecua también un buen número de capítulos de sus obras lingüísticas (aunque su aportación diste mucho de reducirse a ellos). Articularemos, entonces, este comentario en torno a unos cuantos ensayos breves donde se encuentran ejemplarmente expuestos estos análisis, facilitando así su discusión. Quede después para el lector más curioso verificar si nuestras objeciones se extienden también al resto de la obra del filólogo zamorano.

3. Realidad/lenguaje o Semántica/gramática

Abandonemos, entonces, *De Dios*, y vayamos sobre uno de los artículos a los que en él se nos remite, las *Tentativas...*⁵, ejemplar a estos efectos por su claridad y concisión. Allí, en efecto, aparece delineada la oposición semántica/gramática, reformulada luego como Realidad/lenguaje. La oposición como tal no se discute o analiza: tan apenas se modula mostrando que en algunos casos no es dicotómica, pero se parte del supuesto de que sí lo sería cuando de la *predicación* se trata. I.e., la predicación sería “el acto asemántico por excelencia”, pues la operación o acto que se efectúa al *decir* -“pues predicación no es otra cosa que acción de decir o puesta en juego del mecanismo de la lengua”- desaparecería al nominalizarse, convirtiéndose en un semantema, su *sentido* -“la operación que el acto de hablar realiza”. Como se mostró después en el primer volumen *Del lenguaje*, el sentido estaría depositado en la prosodia de la frase, en alguna de sus modalidades⁶. Por tanto, la oposición semántica/gramática se nos mostraría canónicamente en la dicotomía *predicación (acción lingüística, sentido)/ significado*.

¿Pero por qué la predicación sería como tal “asemántica”? En buena parte, creemos, porque la significación se haría consistir en la sola “identificación de un término del

⁵ “Tentativas para precisar la imprecisión del uso de los términos *significación, denotación y sentido, metalingüístico y abstracto, pragmático y modal*”, *Revista Española de Lingüística* 2, 1972, pp.145-67. Reeditado después en *Hablando de lo que habla. Estudios de lenguaje*, Lucina, Zamora, 1989, pp.33-56, por donde citamos.

⁶ *Del lenguaje*, Lucina, Madrid, 1979, en particular del capítulo III en adelante. La cuestión de la sintaxis de la frase está ampliamente estudiada después en *De la construcción (Del lenguaje II)*, Madrid, Lucina, 1983.

sistema léxico de la lengua con otro término” (*Tentativas...*, p.42) y el vocabulario, a su vez, se entendería como *un dominio ontológicamente exento*. La predicación, considerada acaso como canon de las operaciones lingüísticas, se entendería ajena a la constitución del significado pues éste aparecería por “abstracción” a partir de aquélla, sin que García Calvo se extienda en explicaciones de esta operación abstractiva. De este modo, se cierran las *Tentativas...* con un aparente dilema que se ofrece ante nuestro autor y sus lectores, donde se evidencian ya sus opciones ontológicas: o “el contexto extralingüístico” está “lingüísticamente organizado” o no lo está, y es “algo no sabido ni ordenado”. Es decir, se resuelve la *omnitud rerum* -de la que se separa el lenguaje- en “contexto extralingüístico” y *se da a elegir entre una configuración lingüística (o bien semántica, o bien gramatical) y la ausencia de cualquier otra configuración*.

Pese a la densidad argumental de este artículo, como la de tantos otros ensayos de García Calvo, se *dan por resueltas sin discusión sus opciones fundamentales*. Pues, como decíamos anteriormente, la cuestión no es si aceptamos o no la originalidad del esquema frástico unimembre o si son ocho o diez sus modalidades (prosódicas) elementales. *A la aceptación de estas tesis no va inevitablemente aparejado un compromiso con aquellas otras de García Calvo acerca de la significación o el mundo, como quizá él mismo da a entender*.

4. Gramática y ontología

Acaso el nexo más sólido entre el análisis gramatical y la ontología (la tesis sobre la configuración lingüística del mundo) se encontraría en el argumento que nuestro autor nos ofrece en la discusión de las contradicciones presocráticas -zenonianas o heraclíteas-, y de éstas no se siguen las conclusiones que pretende García Calvo mas que si partimos de la dicotomía Semántica/gramática.

El análisis que García Calvo emprende de éstas es declaradamente gramatical, como se muestra con especial claridad -valga este ejemplo como cualquier otro de su obra- en una de las sesiones de discusión desarrolladas por los años setenta en la Universidad de Lila, transcrita luego en sus *Lecturas presocráticas*⁷. Allí comenta, por ejemplo, el cuarto fragmento de Zenón atendiendo a “la implicación física de la aporía con la evidencia gramatical”:

Lo que se mueve no se mueve ni en el lugar donde está ni en el lugar donde no está (ni allí donde se encuentra ni allá donde no se encuentra).

García Calvo ensaya una interpretación a partir del enunciado “el móvil, no se mueve”. “El móvil”, indica, sería el sujeto o *thêma* y “no se mueve” el predicado o *érgon*. De acuerdo con el análisis expuesto en las *Tentativas...*, “el móvil” se referiría a un elemento del vocabulario de nuestra lengua, mientras que el predicado -la acción verbal- tendría su sentido expreso en la correspondiente modalidad frástica (de la que aquí nuestro autor no se ocupa). Le basta con la constatación de que el sujeto sería el término inactivo (el *ser*, dice, o ente semántico) y por tanto netamente distinto del predicado, término activo, cuya acción no cabría referirla al “móvil” sin quebrar la estructura bimembre de la frase (sus dos *bloques de simultaneidad*): si se tomase la parte activa “no se mueve” para referirla a la parte pasiva “el móvil”, en ese momento aquélla dejaría de ser *érgon* pasando a ser *thêma* de una nueva frase. El sentido se transformaría en significado.

⁷ “De una sesión en la Universidad de Lila”, en *Lecturas presocráticas*, Lucina, Madrid, 1981, pp.168-182.

Aquí se mostraría “la contradicción entre la pretensión de que pasen cosas y la de que esas cosas tengan un nombre o estén constituidas como ideas” (p.129), que cabría parafrasear como la contradicción entre que el mundo tenga una configuración semántica (que se supone inmutable) y que en él se den acciones (verbales).

Es decir, que García Calvo impugna la primera de las opciones del dilema con el que cerraba sus *Tentativas...* atendiendo a la oposición anteriormente formulada entre semántica y gramática: pese a que lo conocemos a través de nuestro vocabulario, el mundo no puede estar configurado semánticamente, pues la propia acción del lenguaje nos mostraría que esa configuración es contradictoria: no habría ideas en el *mundo en el que se habla*, donde se actúa -como, en rigor, no habría acción en el *mundo del que se habla*.

Mas, como decíamos antes, debe advertirse que *esta interpretación de la disyuntiva es consecuencia (y no causa) de la oposición anterior entre semántica y gramática, sobre la que nada se nos dice aquí tampoco*. García Calvo asume que la realidad está semánticamente configurada por la sencilla razón de que la realidad sería tan sólo el vocabulario de cada lengua. Ahora bien, como nuestro autor entiende, por obra de la dialéctica, que el vocabulario no agota lo que hay en el mundo, aquello que no es vocabulario sería... gramática. Por tanto, todo ello se nos debe mostrar en el discurso, de modo que nos encontraremos reformulada la dicotomía en la estructura de la frase: el sujeto sería la semántica, y el predicado, la acción gramatical.

Advirtámoslo, si la lectura gramatical de la paradoja zenoniana tenía sentido físico *era porque previamente se había supuesto que la física (la Realidad) no es más que el vocabulario (griego o castellano), y el movimiento era, a su vez, el propio curso de la acción lingüística*. Si García Calvo pudo resolver el dilema con el que cerraba sus *Tentativas...* era porque sencillamente parte del postulado de que *todo* –la Realidad y lo que no lo es, si cupiese totalizarlo- *es lenguaje*.

5. El gramático y el oráculo

Con todo ello no estamos diciendo que García Calvo pida el principio en su argumento. Más bien es que *lo ignora*, no se preocupa de explicar qué se quiere decir con que *todo es lenguaje*, concentrándose, en cambio, en el análisis gramatical donde ya está supuesto lo que debiera demostrarse. Toda objeción contra estos análisis es inútil, puesto que los argumentos que se puedan ofrecer en contra incluirán, con toda probabilidad, oraciones bimembres como las que acabamos de considerar, i.e., se referirán a la Realidad, y serán, por tanto, falsos.

Pero ello es a costa de reducir cualquier argumento, y por extensión la realidad toda, a la oposición *thêmalérgon*: el contenido del argumento, o las cosas mismas, serían semántica, y su lógica, cualquiera que fuese, sería gramatical. Pero entendemos que *ello no basta para dar cuenta críticamente de construcción alguna*. Si García Calvo lo consigue es a costa de despreciar como insignificante o trivial extensísimos episodios de la Ciencia o el Estado: átomos, elementos químicos, células, organismos, especies, fratrías, monarquías, democracias.... todo esto serían *nombres, semántica*, y por tanto falsos; respecto a la organización del átomo, de cualquier elemento químico, de las células..., se dirá que su única lógica es gramatical. *Pues lo que hay es lenguaje, y ese es el postulado del que, para García Calvo, se debe partir*.

Muchos pensarán, desde luego, que no es ésta una tesis postuladora, puesto que no son pocos sus defensores en este siglo -para unos, algún Wittgenstein, para otros, Whorf, etc.. Pero advirtamos que no cabe yuxtaponer los argumentos de ninguno de éstos a los de García Calvo, pues la sabiduría de nuestro autor se nos ofrece en contra de filósofos y científicos, incluidos aquellos que quisieron probar tesis análogas. Al hacerlo, habrían reducido el lenguaje a una *idea de sí mismo*, da igual si científica o filosófica, pues lo cierto es que ya no sería el mismo que se expresa por boca de nuestro Heráclito⁸.

La ausencia de otros argumentos que no sean los gramaticales para justificar ese desprecio engendra, creemos, *la apariencia oracular de sus mensajes*. Pues García Calvo no sería un filósofo, cosa que él mismo asume, pero tampoco será sólo un buen gramático: García Calvo es, en los más de sus escritos e intervenciones, *un oráculo*. Adviértase, sin embargo, que ésta no es una calificación intrínsecamente despectiva: la sabiduría gnómica u oracular ha acompañado secularmente a la filosofía, fundiéndose con ella con relativa frecuencia, pero no por ello debe menos el filósofo debelarla.

6. La absorción del mundo en el lenguaje

Quizá se entienda mejor esta objeción si consideramos uno de los ensayos donde García Calvo más se aproxima al género de discusiones que consideramos filosóficas, que curiosamente es uno de los más antiguos publicados : “Estalín acerca del lenguaje” (datado entre 1958 y 1969)⁹, donde discute la conocida refutación de las ideas de Marr sobre el lenguaje que Stalin efectuó en los años cincuenta. Dos son los aspectos que nos interesan de este ensayo: por una parte, es uno de los pocos en los que García Calvo da cuenta celosamente de las alternativas que discute en los propios términos en que están expuestas; por otra parte, y acaso tenga que ver con lo anterior, no introduce el análisis gramatical que aquí hemos ejemplificado, pero sí apela a la oposición más general *thêmalérگون*.

En efecto, tras una pulcra exposición comentada de la dicotomía, García Calvo pretende disolver en sus mismos fundamentos la distinción marxista base/superestructura:

[I]nsinuamos que todo medio de producción es a su vez lingüístico en tal sentido, que toda producción artificial o humana constituye una reflexión lingüística, que el *homo faber* es idéntico con el *homo loquens*. (p.36)

El alcance de esta insinuación se desarrolla en cuatro cláusulas, de las que destacamos la última:

Como lengua en sentido sosiriano, como sistema de signos total, vigente, organiza y sistematiza todo, la sociedad usuaria del sistema y el mundo pretendidamente exterior, pero que en realidad le pertenece; y es así como igualmente da su ser a lo que no lo tiene, ya que el supuesto mundo exterior a la organización y al sistema no puede tener más ser que el de un mero *flatus uocis*, y en modo alguno se puede

⁸ Sobre este particular, cf. la voz “Lenguaje” redactada por García Calvo para la *Terminología científico-social* (Anthropos, Barcelona, 1988) editada por R.Reyes y recogido luego en el ya citado *Hablando de lo que habla*. Por ejemplo, “Así es que se pueden hacer con el lenguaje una de dos: o bien se la toma como una cosa entre las cosas, y en este caso, diversas disciplinas, más o menos científicas se ocupan de él (...) o bien se deja que él recoja (en grabación, en escritura, en la memoria) un tramo de lo que él mismo ha producido, y examinándolo, trate en primer lugar de tomar conciencia de los elementos, discontinuos y abstractos, que lo forman y de sus relaciones en la sucesión (...)”

⁹ Publicado en *Lalia. Ensayos de estudio lingüístico de la sociedad*, Siglo XXI, Madrid, 1973, pp.23-38.

reconocer como siendo realmente algo aquello que se proclama al mismo tiempo incognoscible por definición. (p.37)

De la constatación de cómo la lengua media en el desarrollo de otras operaciones humanas (“como código de comunicación”), coadyuvando a su ejecución en un sentido que desbordaría con mucho la *teoría epistemológica del reflejo* defendida por el *materialismo dialéctico* soviético, García Calvo pasa a postular él mismo un *Diamat* invertido: en él los contenidos de la conciencia no reflejarían la dialéctica de los acontecimientos del mundo, sino que el mundo se resolvería por “abstracción” (p.38) en una imagen especular de los conflictos dialécticos de la lengua. Pero así como el *Diamat* -cuyas opciones, advirtámoslo, en absoluto asumimos- se forjó como una opción filosófica en minuciosa disputa con otras tantas epistemologías de los siglos XIX y XX, las tesis de García Calvo se nos ofrecen postulatoriamente apelando a su presunta evidencia (“se proclaman”), aunque, en realidad, no sean menos deudoras de otras tantas lecturas filosóficas por más que éstas no se citen.

El interés de estos pasajes se encuentra, por tanto, en mostrar cómo un García Calvo disminuido de registros oraculares y más cercano a los argumentos ajenos, obtiene conclusiones análogas a las de su obra ulterior sin mediar digresión gramatical alguna. Basta con postular la absorción de la *omnitudo rerum* en la lengua, declarando el resto incognoscible para borrar la distinción marxiana o cualquier otra que se oponga.

7. La absorción del lenguaje en el mundo

Pero esto tiene un grave inconveniente que habrán apreciado sin duda muchos lectores de García Calvo, incluidos los más tempranos. *Absorber el mundo del que hablamos en la lengua obliga a dar cuenta con ésta de todos sus fenómenos, obligando al gramático a ingeniar explicaciones tan artificiosas como traicioneras*. Si volvemos al capítulo del *De Dios*, que comentábamos al principio, nos encontraremos con un buen ejemplo en sus disquisiciones sobre la aritmética y la geometría -desarrolladas desmedidamente antes en su monumental *Contra el tiempo*¹⁰.

Allí se nos ofrece, entre otras cosas, una genealogía gramatical de los números: originalmente habrían sido una clase de cuantificadores, sin contenido semántico, que se habrían “cosificado” -i.e., se habrían convertido en parte de la Realidad, ajena a la gramática- al desarrollarse los cálculos matemáticos “al servicio de la Ciencia” (p.239). Los ejemplos que García Calvo menciona, sin desarrollarlos, son particularmente complicados (el cálculo infinitesimal, la geometría algebraica), pero indica también uno mucho más simple y no menos interesante que aquí vamos a comentar: la invención del cero en la escritura aritmética, al elevarse a significado la notación del lugar donde no hay cifra alguna (p.245).

Lo que en *De Dios* no es más que una indicación lapidaria se encuentra desarrollado mucho antes en un opúsculo suyo no demasiado conocido, *De los números*¹¹. En un breve excursus sobre la condición gramatical del número (pp.118-ss), se nos explica cómo operarían a partir de su aparición en enunciados tales como “Los convidados son 13”: no añadirían notas a la comprensión del sujeto, pero tampoco serían un elemento semántico intercambiable con él -pues “los convidados” no querría decir “13”. Al decir “los convidados son 13” se constataría “la correspondencia entre las sucesivas veces de

¹⁰ Véase, por ejemplo, el “Ataque 13” incluido en *Contra el tiempo*, Lucina, Zamora, 1993,

¹¹ *De los números*, La Gaya Ciencia, Barcelona, 1976.

aplicación del concepto ‘convocado’ a ellos y el tramo de la serie de los índices numéricos que termina con el 13” (p.119). Esta sería una *serie ordinal*, una *escala de índices* destinada a definir la extensión de los conceptos, común a todas las lenguas “que participen de números propiamente dichos” (p.122).

Por tanto, sería “un mero abuso terminológico tomar ‘0’ como un número y, al hacerlo así, según las ideas de los que tal hacen, considerarlo como un objeto conceptualmente definido” (p.129), pues como signo indicaría solamente que “no hay”. No podría referirse a cosa alguna “pues para ello tendría que haber un concepto al que esa cosa perteneciera, y ese concepto sería el de ‘lo que no hay’”, que no sería un concepto pues la auténtica negación, en la gramática de García Calvo, no podría servir para definir positivamente (por exclusión) un concepto -a riesgo de positivizar o dar contenido semántico a predicaciones unimembres en las que ésta interviene.

Convendría primeramente examinar el fundamento de la distinción entre ordinalidad y cardinalidad. Pues García Calvo no pretende que la cardinalidad surja del solo paso del término 13 a sujeto de una frase bimembre. Opera más bien *in medias res* a partir de formulaciones ya de apariencia aritmética como $a+a=2a$, que él propio García Calvo se cuida de reinterpretar: ni ‘a’ sería una constante algebraica, ni ‘+’ la adición aritmética, ni ‘2’ miembro alguno de un conjunto numérico. Las dos menciones de ‘a’ serían el contenido de dos *bloques de simultaneidad* entre los que el signo ‘+’ haría las veces de coma mientras que ‘=’ operaría como el “eje o corte de las predicaciones de tipo S-P”. Finalmente, ‘2a’ sería un tercer bloque de simultaneidad en el que ‘2’ no sería un índice numeral del tipo de los anteriormente descritos, sino un cardinal *in fieri*:

Se ha sacado la cuenta, no ciertamente de las ‘aes’, sino de las veces del único y mismo ‘a’. Es entonces cuando, al aparecer la idea ‘dos veces ‘a’” aparece por primera vez el número cardinal 2. (p.30)

García Calvo no se arredra ante el caso “ $a+b=2x$ ”, donde ‘x’ sería el resultado de contar “las veces de aplicación de una misma nota (que en ello se reconoce como la misma) a situaciones diferentes” (p.49). Es decir, se evacuarían los contenidos algebraicos o aritméticos de la fórmula para proceder a su análisis gramatical según el esquema anteriormente esbozado: de una secuencia ordinal de signos -actos de producción- asemánticos se pasaría predicativamente a una ideación de la misma.

Encontramos aquí no una extensión infundada del análisis gramatical de nuestro autor, cuanto una expresión más de su misma estrategia analítica. Pues lo esencial tanto en el caso lingüístico ordinario como en este otro, de apariencia matemática, es que desde un dominio que se dice falto de configuración semántica se obtiene -apelando a la “abstracción” cual *deus ex machina*- la Realidad como producto lingüístico. Y así como en el ejemplo lingüístico “Hay ladridos” se nos pide que desconectemos “ladridos” de cualquier experiencia (semántica) del *mundo del que se habla* para interpretarlo de acuerdo a la melodía que expresaría su *sentido* (que no el ladrido del perro), en el caso de “ $a+a$ ” debíamos evitar nuestra experiencia aritmética para atenernos a la noción formal de bloque de simultaneidad (*vez*). Pero, puestos a suspender el juicio, a ignorar lo que sabemos, ¿por qué debíamos interpretar ‘=’ como marca predicativa y no como una nueva interrupción del decurso melódico? ¿Y por qué no luego ‘2a’ como dos nuevos elementos rítmicos, puesto que su yuxtaposición es meramente visual y en el decurso verbal aparecen como tales? ¿Por qué, en fin, ajustar esta fórmula a la estructura frástica que García Calvo nos propone, si no es para poder obtener la fórmula de la frase? *Más*

bien diríamos que con la “abstracción” se reintroduce simplemente aquello de lo que ya se partía aparentando que antes no estaba.

8. La oscuridad del lenguaje sin el mundo

Cabría, por otra parte, preguntar (sin encontrar respuesta en el *De los números* o luego en *Contra el tiempo*) qué más nos aporta la Gramática así entendida en el análisis de las construcciones matemáticas. ¿Cómo opera, por ejemplo, la *razón común* para obtener una estructura de grupo en un conjunto numérico a partir también de la operación adición/abstracción? No se sabe muy bien si acaso éstas serían ya minucias semánticas (Ciencia/Teología) de las que García Calvo no tendría por qué ocuparse.

A este respecto ilustremos, finalmente, el caso del 0 al que antes nos referíamos. Ello nos obliga a dejar la obra del Heráclito zamorano, pero, por fortuna, contamos en nuestra lengua con un magnífico estudio que será sin duda conocido por los lectores de *Archipiélago*: el ensayo de Emmánuel Lizcano *Imaginario colectivo y creación matemática*.¹²

Entre los muchos análisis de interés que incluye, se cuenta un estudio sobre la aparición del cero en la resolución de ciertos sistemas de ecuaciones en la matemática china, tal como se documenta en textos datados alrededor de los primeros siglos de nuestra era. Sumariamente, diremos que los sistemas de ecuaciones se planteaban disponiendo en forma matricial *palillos* sobre una superficie -como, por ejemplo, un tapiz- representando, según un sistema decimal y posicional, lo que serían hoy los coeficientes de las incógnitas. A partir de esta disposición, los textos recogen ciertas reglas de manipulación de los palillos que conducen a la resolución de las ecuaciones prefigurando el que muchos siglos después sería el denominado *método de Gauss*. Pues bien, uno de los aspectos más notables (y no el que más) de este método era que suponía operar con el cero, número para el que *no se disponía de representación con los palillos*. El cero aparecía en el curso de las manipulaciones al desaparecer todos los palillos de una posición quedando vacía. Por abreviar el sutil y fecundo análisis de Lizcano, el *wu* con el que se refieren al cero algunos de los comentaristas del método plantea singulares dificultades de traducción: “es una partícula negativa que puede traducirse por ‘no’, ‘sin’, ‘no haber’, ‘no tener’, o por los sufijos privativos/negativos ‘a-’, ‘in-’,... (así *wu jiang* significa ‘i-limitado’)” (p.90).

Lo que nos importa aquí no es tanto la discusión filológica de si se ha semantizado una partícula que antes carecía de significado, o si en el uso común *wu* es aquí intercambiable por ‘hueco’ o ‘vacío’. Lo que importa es que la referencia a ese hueco o vacío no tendría valor matemático alguno por sí mismo y, de hecho, muchos intérpretes dudan de que el hueco sea como tal un cero aritmético. Pero, sin embargo, y éste es uno de los hallazgos de Lizcano, es obligado interpretarlo así si atendemos a *cómo queda determinado este hueco por las propias reglas de representación y manipulación con palillos*, y no ya por la estructura frástica de su formulación.¹³

¹² E.Lizcano, *Imaginario colectivo y creación matemática. La construcción social del número, el espacio y lo imposible en China y en Grecia*, Gedisa-UAM, Barcelona, 1993.

¹³ Dice Lizcano: “Lo que define al cero-*wu* no es su ser o su no-ser, sino su relación, el modo singular en que opera sobre otros números/nombres. Concretamente, lo que hoy llamaríamos su función de elemento neutro del grupo aditivo de los enteros $\{Z, +\}$, si por tal entendemos el conjunto de los números/nombres *zheng*, los *fu* y *wu*, dotados de la operación adición sustracción.” (*Op.cit.*, p.105) Pero para descubrirlo,

Dicho de otro modo, la semantización de esa partícula sería indisoluble de su uso en unos contextos operatorios (por lo demás, tan cotidianos en China como alejados de lo que entendemos por *Ciencia o Razón común*) que son los que dotan al *wu* de contenido matemático. Contextos operatorios en los que media, desde luego, la formulación verbal de unas *reglas* que rigen las operaciones con los palillos, pero -y aquí está el desafío- ¿cuál sería su contenido matemático si las tomásemos una a una y analizásemos la semántica de sus términos, desentendiéndonos de lo que efectivamente se hace con los palillos?

Cualquiera que enfrente el problema con un mínimo de rigor (y para “no hacer trampa” lo mejor sería partir de una traducción donde las reglas aparezcan tan perfectamente polisémicas como son en chino, y sin la formulación algebraica occidental al lado ¹⁴), verá cómo un análisis como el que García Calvo nos propone del cero no va más allá de un mero comentario de la etimología de ‘cero’ interpretada en las coordenadas de su dicotomía Realidad/lenguaje, en el que la enorme complejidad de la historia de la cifra se desprecia por insignificante. Si esto es así con el 0 -y discúlpenos que huyamos de la prolijidad del comentario-, ¿qué decir del resto de cábalas matemáticas que llenan *De los números* o *Contra el tiempo*?

9. Final

¿Qué hemos querido probar con todo esto? Más que probar, hemos intentado ilustrar cuál es el núcleo gramatical en el que se apoyan los análisis de García Calvo (la oposición de la Realidad al lenguaje), y mostrar, por una parte, que los argumentos de García Calvo dimanaban de uno que tan apenas se justifica –aunque muchos estén dispuestos a aceptarlo: *todo es lenguaje*. Por otra parte, hemos querido apuntar cómo, aun en el caso de aceptar sus tesis gramaticales, es muy poco lo que con ellas podemos saber del mundo, a menos que vayamos diluyendo el mundo en la gramática, en lo cual perdemos algo más que un residuo. En la medida en que este artículo es del todo inconmensurable en su extensión con el conjunto de la obra de García Calvo, no puede ser concluyente, pero, como ya dijimos, tampoco lo pretendíamos.

Quizá alguien haya echado en falta la consideración de la obra política de García Calvo, la más conocida para muchos de sus lectores. Habrá incluso quien afirme que, obviando ésta, no podremos entender nada sobre lo que García Calvo quiere decirnos. Nuestra posición es justamente la inversa: lo poco que se puede entender de su obra política es precisamente aquello que dimana de lo que aquí se ha expuesto. El resto es más bien un centón, declamado muy solemnemente, cuyo éxito radica en que por su propia indeterminación semántica, cada cual podrá interpretarlo como su razón le dé a entender –eso sí, convencido siempre de estar en una verdad común.

debe desarrollarse un análisis de las operaciones con los palillos y el tapiz tal como Lizcano nos lo propone en el capítulo II de su ensayo.

¹⁴ A partir de la sola formulación que ofrecemos (la traducción que nos ofrece Lizcano), sin conocimiento de la disposición de los palillos sobre el tapiz, etc., ¿quién podrá deducir que se trata de reglas que determinan una estructura algebraica? Así, pruébense a interpretar las siguientes reglas sobre la adición: (1ª), “Los [palillos] de nombres diferentes se contraen mutuamente”; (2ª), “Los [palillos] del mismo nombre se acrecientan mutuamente”; (3ª), “Si un [palillo] positivo no tiene a qué enfrentarse (*wu ru*) se positiviza”; (4ª), “Si un [palillo] negativo no tiene a qué enfrentarse (*wu ru*) se negativiza”. La solución en Lizcano, *op.cit.*, p.88.

Es posible que muchos juzguen este artículo a partir de este último párrafo, pero puede también que otros tantos acaben compartiéndolo después de leerlo. Como dijo el Oscuro, *ajuste inaparente, mejor que el aparente.*